

Favián Estrada Vergel

La mulata Paulina Santos

Si bien es cierto que por dicha Yasar fue en mi vida una luz, se había convertido al morir en un viento funesto, un fantasma egoísta dispuesto a aniquilarme. Durante los primeros años de soledad sufrí su asedio cruel. Lo mantenía aferrado a mis sueños tormentosos empujándome hacia la oscuridad: *quería* llevarme, y yo ante su inexplicable cerco, cada día perdía las ganas de no morir. Me buscó por los estrechos de la memoria hablando en una lengua algebraica semejante a una jerigonza, hacía una varia invención de gestos y lanzaba una suma de discursos o peroratas de reclamaciones lunáticas.

Me empezaron a considerar una loca depresiva perfecta y, a más de esto o aquello, peligrosa (para mí misma, por supuesto). Las criadas, en todo atentas y prestas a proteger mi vida, me encontraban extraviada de juicio, lanzada al abandono, gimoteando y durmiendo arrinconada en posiciones infantiles o sentada en el patio sobre el adoquinado bajo la luz de la luna o en el mecedor del balcón abrazada a mis piernas *vaiviniéndome* mirando el firmamento y escuchando el frágil barullo de las estrellas entre el alboroto espeso de los canes, meditando, tal vez, sobre las incertidumbres de mis pretensiones. Me pregunté a mí misma si estaría loca y respondí que no, asunto que equiparé a un primer síntoma de desvarío.

Pues me fui sumergiendo en los efectos de una tristeza profunda e incontrolable. No comprendía si era el miedo incubado dentro de mis entrañas, pero el simple hecho de la angustia visceral me aterraba y decidí sucumbir en un sueño sin cerrar los ojos, uno inducido, una forma de demencia voluntaria por algún lapso del cual no recuerdo muchas cosas, y eso fue lo mejor: una intensa procesión de orgasmos en solitario, acompañada por la euforia de las drogas y los sonidos de otros mundos incruentos. Así perdí algunas horas de mi vida (andando por los extramuros del infierno), así perdí alguna parte de mi dignidad. Yo era casi menos que nada, cocinándome a fuego lento.

Un día cualquiera, resuelta, quise enterrarlo para siempre, olvidarlo para siempre, y la mejor manera sería rompiendo todo vínculo y fidelidad con un hombre que ya no existía. De modo que resolví *matar* el amor después de sostener impecable una viudez de cinco años con el pudor que exigía el corazón. Pues empecé por el corazón y también lo asesiné. Me entregué a

Miguel Morales Diazzi, un hombre a quien apenas conocía, un muchachito lindo con el vigor suficiente para hacerme feliz. Mandé al carajo los objetos y porcelanas, obsequios de *miamor* en innumerables viajes, disolví el luto, partí las macetas donde crió sus begonias, quemé cada una de sus ropas en una crepitante fogata bajo las estrellas —ésas cuyos cantos él me había enseñado a oír en nuestras noches de pasión— y volví cenizas las sábanas con aquel adictivo olor a macho trasnochador. Di un veneno a su adorado perro pechudo y, como no funcionó, lo ahogué en el estanque de los peces. Mientras moría noté que me observaba por debajo del agua con esa mirada inquieta de los inocentes, sin rebelarse, sin oponer resistencia, sin ladrar siquiera. Liberé los loros irlandeses, envenené su potra con una inyección letal de veneno de ranas y exorcicé a tientas la casa para liberarla de su presencia descolorida, con artimañas de bruja que aprendí a mi tía, que a fin de cuentas no fue más que el peor fiasco de la nigromancia de Cartagena y sus alrededores.

Desde entonces no volvió a mis sueños recurrentes, pero lo encontré una noche tormentosa y lúgubre un año después en el centro de la sala desierta, observando y reparando en cuclillas los tiestos quebrados de las begonias, los objetos y la granizada de las porcelanas chinas rotas en aquel estropicio del olvido. No volteó a mirarme porque lloraba, aparecía lleno de mugre aquí y allá, y sus prendas —que en algún tiempo fueron coloridas— eran grises o en blanco y negro. No había nada en aquella sala a salvo del rocío tenue de un polvo de cenizas. Ahí permanecía Yasar sentado, idéntico a un niño imperceptible, observando contemplativo con suma nostalgia los destrozos en el piso, inventando refacciones, fraguando *algo* en mi contra. Sus manos permanecían trémulas como si tuvieran doscientos años de edad, sus ojos estaban recubiertos de la enfermedad que produce el salitre del rencor y, así, todo su cuerpo era de la misma materia.

Pensé que la figura que yo veía en aquel momento no era otra diferente a un delirio de mi presumible demencia, pero no: el *fantasma* estuvo aquí. Era triste verlo, aunque el cuadro no se halló del todo desprovisto de cierta ternura. Hablaba haciendo exigencias a alguien que ya se había ido porque yo no lo veía, luego se levantó y empezó a caminar meneando la cabeza (semejante a un animal enfermo dentro de alguna jaula), anunciando que venía por el perro mastín, a lo cual le respondí que aquel yacía enterrado en el patio debajo del algarrobo. Le dije, con el alma en un hilo, que lo *había* amado a él más que a nadie; sin embargo, no sabía si lo

recordaba por amor o por miedo, porque era un ser terrible; y empezó a reír viéndome con sus ojos de lince, diciendo que él sería muy malo y yo, una magna puta, y siguió reprochando mi infidelidad, dijo: *vive querida mientras yo esté muerto, haz de tu culo un violín, deja que toquen y hagan armonías con los acordes de tu puta boca, muévetele lento a ese puerco, ábretele más que conmigo lo hacías, que yo estaré pendiente porque tú mía siempre serás. Te aconsejo que no digas nada o peor te podrá ir..., estos son los territorios de mi venganza.* Fui a dar contra el filo de la mesa, sentí extrañas perforaciones en todo el cuerpo, eran sus manos unas garras jalándome desde la raíz de mi pelo. Me alzó en vilo a la altura de su desfigurada cara. Estaba irreconocible. Me arrastró de escalón en escalón hacia mi aposento y abrió la ventana señalándome la casa de Miguel. Intenté escapar, me tomó de nuevo del cabello, me arrojó a la alfombra, sus dedos rugosos y sus uñas largas entraron con violencia por debajo de mi falda, un grito me salió de la garganta y aquel alarido estridente fue extinguido por un enérgico puñetazo, y me rendí a mi suerte.

No volvió en persona por aquel entonces; sin embargo, la intensa pesadumbre de su maldición trajo la ruina: mi ruina. Se llevó *todo*: el perro, los fragmentos de amor. Me dijeron los campesinos que lo vieron en los montes de la hacienda sobre un caballo, exigiendo y hablando a gritos al mastín, unas veces ebrio otras veces sobrio, o descabalgado en situaciones que yo no me atrevo a referir por puro miedo. La estancia hermosa, construida con amor, estaba envejecida, *toda* transfigurada por un moho invisible y hediondo a mortecina. Las tierras empezaron su decadencia: en verano se ensañaban con el ganado unas sequías terribles y en invierno caían aguaceros temibles que dejaban las sabanas convertidas en océanos, en un desmadre de aguas que lo ahogaban todo. O si no desaparecían las reses por cuenta de los indios, aparecían muertas en extrañas circunstancias. El dinero de la fortuna se desvanecía como agua entre las manos. Parecía caerme entonces la más siniestra de las plagas. Me sentía arrinconada. Y un día la propuesta de un hombre poderoso me conmovió, pensé en ella como una alternativa para salir de la decadencia en que me encontraba. Renato Cabriles me cortejó y prometió ponerme a salvo de mis tormentos si me casaba con él: me ofreció la mitad de sus tierras y riquezas. Yo acepté con una condición: que cada quien viviera en su casa. Él aceptó con otra condición: los viernes nos acostamos en la mía, me dijo. Me pareció justo. Creo que aquella repentina decisión no fue producto de mi

desvarío circunstancial sino del terror a la pobreza. Te aseguro, mi fiel Azur, *eso* cambió mi vida porque ahora el fantasma de Yasar no ha vuelto. No sé si lo ocurrido en aquel momento hace parte de un escarmiento producto de su temeraria amenaza, no sé cómo explicarme, él me dijo: yo estaré pendiente por que tú mía siempre serás. A veces pienso: los ojos de Renato tienen el mismo brillo que los de Yasar. A veces tú también lo tienes, Azur. No sé si Miguel Morales Diazzi, quien un día llegó a mi vida caído del cielo, quien otro día se largó sin darme un adiós y sin siquiera una breve caricia, le importe y entienda lo que me ha tocado vivir. La última imagen que tengo de Miguel, Azur, es diciéndome adiós con la mano en la calle de la iglesia. Le debo una disculpa y él me debe una explicación, y se la reclamaré, Azur, nadie se va porque ama, tú bien lo sabes mejor que nadie, tú que has sufrido igual que yo (que te desvives por Isabela, y ella ni te mira, pero si yo fuera varón..., ¿te digo?, ¿no te vengarás algún día?: ya le hubiera hecho un hijo...) De todas maneras, Azur, ándate atento vigilando, porque algún día Miguel habrá de volver.